

llo que bulle más allá de la ventana abierta, el cielo y el mar de un jubiloso y límpido amanecer insular—constituyen una personalísima ontología, una rutilante emanación de su propio mundo interior hecho verso. Es así que el poeta y la realidad se sitúan ante el advenimiento de su común arquitectura, la luz; ambos —el trabajo del verso y el proceloso resurgir del amanecer— están sujetos a un mismo rigor de construcción, y el poeta —obrero de la «fábrica de luz»— vigilará los exactos movimientos de su estricto itinerario, el de las palabras, el de las celestes transparencias; el poema y la aurora, afines una vez más, se hacen partícipes del impostergable renacer de cada mañana, abiertos al plácido transcurso de un «día originario»:

Siempre estoy comprobando, a cada paso
cómo funciona el cielo, cómo encajan
los azules según pasan las horas
hasta poner la tarde, que dé entrada
a la noche estrellada. Y cómo van
las nubes ocupando, como fichas,
los sitios asignados del paisaje.
Que todo cuadre, atento, minucioso
a las fases lunares, las mareas,
etapas que regulen a los vientos
terrestres y marinos, a las aves
descendidas siguiendo los calores.
Apostado, con la ventana abierta
cumpla con el trabajo encomendado:
el transcurso del día originario.

Algún día, tal vez, tal vez un día
corregiré tan fiel itinerario.

Son siete los poemas que conforman cada uno de los siete apartados de *Hacia otra realidad*, poemario inicialmente concebido en 1997 y corregido ahora para la edición de Tusquets. No resulta novedoso para los lectores de la ya tan dilatada e inconfundible obra de Manuel Padorno la «pura raza de agua» del poeta, pues se trata, en efecto, de la voz insular que con más hondo calado acompasa el ritmo de su verso a la ondulante vibración, al camaleónico manto de espumas y la salada aspereza de la fragancia del mar. La que cariñosamente denomina «campaña marina» es para su secreto jardinero, el propio poeta, un insólito jardín sin límites, todo un océano ante la isla, la mar exuberante y de sinuosas curvaturas que allá, en «el limpio», desobedece todo orden o concierto humanos. Es «La Campaña Atlántica» —a mi parecer el poemario mejor hecho de *Hacia otra realidad*— el cántico exultante del «jardín délfico», de una conciencia que amanece con el puro goce de contemplar la rutilante belleza de un océano en incesante germinación. Y es que en plena «ebullición transformadora» del entorno, la voz del poeta se acrece removida por una emoción radical de asombro. Sus palabras, organizadas en tríadas adjetivo-sustantivo-adjetivo, aturdiditas, maravilladas ante la florescencia de azul que tratan de nombrar, trastocan entre sí sus géneros y funciones, multiplican por sí solas la sensualidad del

conjunto. Reverdecidos los campos marinos, las mareas adquieren cualidades vegetales y las olas, en su infatigable ir y venir, son impulsos espumosos de excitada fertilidad. La extensión toda es una copiosa cosecha azul que prepara, en su centro, la llegada de un nuevo ser: el «árbol de la luz».

Delante de mi casa hay un jardín
que va desde la playa al horizonte...
del que soy su secreto jardinero.

Enformo la hoja de agua verde. Ensavio.
Y la espuma a la flor. Que centellee.
Y enramo el oleaje con frutales.

Todas las ramas dan, con sus espumas
las más extrañas carnes vegetales,
las frutas diferentes más azules,

en donde predominan, deslumbrantes
las flores del salitre, las más blancas,
los almendros salinos invisibles.

Y allá fuera, en el limpio, se levantan
las aguas que germinan, jubilosas
el árbol de la luz, el árbol blanco.

Un jardín que cultivo, con esmero,
que conozco despacio, trabajado
sin que nadie se dé cuenta de nada.
Porque los que me ven pisar descalzo
las hierbas de la playa creen, ilusos,
que voy pisando, distraído, el agua.

Desposado este elemento masculino vegetal con el femenino del agua, emerge el arquetípico árbol filosófico o árbol de la vida y se funde con el mito del *axis mundi*.

Llegados, pues, al éxtasis de la contemplación se produce la inversión, la *rotatio* de los elementos:

vista, sabor y olor se trastornan, y es tal la intensidad del instante, tanta la embriaguez de luz, que al respirarse la brisa el poeta alcanza a lamerla, a paladearla con la nariz, al tiempo que las aves, todas blancas, anidan en los árboles acuosos y el paisaje, al fin, refulge cual llanura incandescente.

Hacia otra realidad es, ante todo, el asombro de ver, un salirse de sí, una aventura del descubrimiento que abre puertas, cuerpo, emoción y mente al afuera, al sucesivo nacerse y crearse del poeta, cíclico como la naturaleza misma, el «despertar» zambraniano, la re-creación. Manuel Padorno siente el *privilegio de ser* participando de la plenitud de algo intangible, inmerso en otra realidad infinitamente superior a él. Ya desde *Éxtasis* proponía al viajero «el desvío», el mundo fantasma –por su extrañeza– del otro lado, el de la infinita posibilidad, el «absoluto real» de Novalis, evidente y palpable por el mero hecho de nombrarse. Desviarse supone acceder a «un espacio distinto, inexplicable», con puentes tendidos sobre el vacío, con presencias todavía ausentes, una ciudad a punto de la epifanía a la que, sin certeza alguna, torpemente, la palabra del poeta se aproxima. Habrá de ser éste el territorio incierto de su poesía, la realidad inversa y transfigurada de su metáfora, el amoroso exorcismo de su palabra.

Marianela Navarro Santos

América en los libros

Las leyes del pasado, Horacio Vázquez-Rial, Ediciones B. Barcelona, 2000, 332 pp.

Revisar los estigmas del pasado para entender mejor el presente y afrontar sin temor el futuro, ha sido el propósito de los novelistas hispanoamericanos que, en las últimas décadas, han renovado la corriente literaria de nuestra historia partiendo de sus grandes hechos: el descubrimiento, la conquista, la fundación de las primeras ciudades, etc.

En *Las leyes del pasado*, Horacio Vázquez-Rial emprende esta tarea de un modo contrario pero no menos prolijo y sorprendente que el de sus antecesores pues enfrenta el río de la historia argentina remontando su cauce a contra corriente, es decir, partiendo de un acontecimiento particular y en apariencia poco relevante como fue la fundación de los burdeles de Rosario y Buenos Aires a principios del pasado siglo, hasta llegar a un hecho general de resonancia trágica: el nefando genocidio de treinta mil ciudadanos perpetrado por fuerzas paramilitares durante los años oscuros de la dictadura.

Los burdeles o quilombos de Rosario y Buenos Aires, en los que se explotó a centenares de mujeres judías y polacas traídas en condi-

ciones de esclavitud al Río de la Plata a principios de siglo, fueron el reducto en el que la mafia, venida al país como un inmigrante oscuro, se incubó en la extorsión y el sadismo para infiltrarse luego en la maquinaria financiera y política del Estado y determinar posteriormente la conducta criminal de los regímenes militares que asolaron el país a finales del siglo veinte.

Tal es el planteamiento de Vázquez-Rial en esta novela en la que el narrador, Walter Bardelli, un exilado que ha vuelto a Buenos Aires después de muchos años, devela, mediante largos diálogos sostenidos con su padre, los secretos mecanismos de la mafia y la forma como su siniestra organización ha influido en cosas tan dispares como el deterioro del país, la caída del fascismo italiano, la conferencia de Yalta, la política de la Casa Blanca, la elección de Sumo Pontífice y, en fin, la configuración actual del mundo.

La mafia siciliana trasplantada a la Argentina es un fantasma de mil brazos que ha estado presente en la historia del país desde su fundación, explica Stéfano Bardelli a su hijo, apelando al saber acumulado del que ha sabido ver su tiempo desde dentro, atento a los secretos mecanismos que lo rigen y, en ese largo diálogo que es la novela, desfilan

los sórdidos burdeles de Rosario, el golpe de Estado de Uriburu en el año 1930, las repercusiones de la segunda Guerra Mundial, la cruenta lucha entre los grupos mafiosos tradicionales y los advenedizos venidos de Roma obedeciendo órdenes de Mussolini, el ascenso del general Perón en los 40 y la conformación de grupos paramilitares formados a su sombra por individuos sanguinarios del calibre de López Rega y el almirante Massera, que dirigieron la tortura y el crimen durante los años de la dictadura.

El argumento de la novela es, sin duda, apasionante pues presenta una visión conspirativa de la historia que ha permanecido oculta a los informes oficiales, pero su estructura limitada, basada únicamente en el recurso del largo diálogo sostenido por un padre con su hijo, la hace caer en una cierta monotonía y lentitud que no se compadece con la intriga y el suspense que desea recrear.

Te adoro y otros relatos, Cristina Peri Rossi, Plaza & Janés, Barcelona, 2000, 95 pp.

Como los cuadros escogidos de una amplia galería de retratos, cinco cuentos breves se exponen en *Te adoro y otros relatos* para mostrar el universo literario de Cristina Peri

Rossi que, a través de su dilatada trayectoria, ha venido convirtiéndose en una de las voces femeninas más representativas de la actual narrativa hispanoamericana.

Como toda antología escogida con esmero, esta selección de relatos de Peri Rossi presenta las preocupaciones esenciales de la autora uruguaya: la opresión sufrida por la mujer en un universo regido por los hombres, la manipulación ejercida por el poder sobre la base de símbolos y emblemas, la alienación nacida de un orden cosificante y, sobre todo, los múltiples y variados caminos del amor que la gazmoñería de la sociedad impide vislumbrar.

En «Desastre íntimos», un pequeño y casi insignificante accidente doméstico, una botella de lejía fabricada con un tapón demasiado firme por una compañía dirigida por hombres que ignoran la fragilidad de las manos femeninas, es el mecanismo que pone en marcha el feroz alegato contra los varones que emprende una mujer moderna obligada por la indolencia y la tiranía masculina a llevar la existencia dual de madre protectora y ejecutiva eficaz.

En «El patriotismo», la máscara de la retórica, de los símbolos y los emblemas camuflan la simetría de los dos únicos partidos políticos de un país que, bajo aparentes diferencias, se perpetúan en el poder. «Sesión», nos presenta en plena acción a una de las figuras esencia-